Joyce APPLEBY, Lynn HUNT & Margaret JACOB.

LA VERDAD SOBRE LA HISTORIA

Andrés Bello, Santiago de Chile, 1999, Pp. 319

RICARDO SÁNCHEZ
Universidad Nacional de Colombia*
Universidad Externado de Colombia**
rsangel49@hotmail.com

Resulta sorprendente y grato abordar una investigación en ciencias sociales, particularmente en la disciplina de la historia, fruto de una colaboración integral de tres autoras, que no sólo han desarrollado una labor de largo aliento, de conjunto, sino que han logrado mantener la unidad de estilo y contenido. Equipos interdisciplinarios son más o menos comunes en labores investigativas, pero grupos que son capaces de lograr acuerdos teóricos de fondo y propuestas coherentes son raros y ejemplares. Subrayo todo esto, por lo que ello significa y por la gran calidad de la obra. Tenía que ser el ¡genio femenino! quien nos diera tal cosecha investigativa.

Si se deja de lado, la arbitraria y simplista generalización sobre el marxismo, donde se junta lo vulgar con lo más elaborado y se identifica sólo como un subproducto de la Unión Soviética y los partidos comunistas y se señala críticamente, la forma unilateral y recortada con que se aborda el pensamiento de Nietzsche y Foucault, en que lo más valioso de estos autores en materia de reflexión histórica se ignora el libro resulta, para mi perspectiva, una notable investigación y reflexión de pensamiento histórico.

* Profesor Asociado
** Profesor Titular

Interesa subrayar que explícitamente las autoras destacan su labor en la praxis de la enseñanza de la historia, del papel de ésta en la cultura política norteamericana y en la ideología de la formación de la nación de Estados Unidos. Un contexto de transformación vertiginosa del ámbito universitario en cantidad y pluralidad de género y etnias es destacado, asignándole el valor positivo de democratización en la sociedad por lo vivido en la Universidad. En la introducción se da ésta llamativa ilustración: «Entre mil novecientos cuarenta y siete y mil novecientos ochenta y ocho el número de universitarios norteamericanos pasó de dos millones trescientos treinta y ocho mil a trece millones cuarenta y tres mil. Aún más sorprendente: la cantidad de mujeres pasó de treinta y nueve a cuarenta y cuatro por ciento, y un diecinueve por ciento del estudiantado no es de raza blanca» (p. 13).

El asumir autocríticamente la profesión de la enseñanza y la investigación histórica es lo que lleva a Appleby, Hunt y Jacob[1] , a plantear que ha llegado el momento de explicar lo qué hacemos, cómo lo hacemos y por qué vale la pena hacerlo, dada la gran confusión en el público en general, como en los estudiantes. A cumplir con ello está dedicado el libro.

[1] Joyce Appleby es profesora emérita del Departamento de Historia de la UCLA, graduada de Stanford en 1950. Autora de *Ideology and Economic Thought in Seventeenth-Century England*, ganador del premio Berkshire en 1978, de *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination.* Harvard University Press, 1992 y de *Inheriting the Revolution: the First Generation of Americans.* Harvard University Press, 2000, entre otros. En 1991 presidió la Organización Americana de Historiadores y en 1997 presidió la Asociación Americana de Historia. Coeditó el libro *Knowledge and postmodernism in historical perspective*. Londres - New York: Routledge, 1996, que recopila textos desde Francis Bacon, pasando por Marx, Weber, Galileo, hasta Hayden White, Habermas, Derrida, Foucault y Rorty entre otros. Lynn Hunt es Eugen Weber Professor of Modern European History, del Departmento de Historia de la UCLA. Autora de *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, de *The Invention of Pornography: Obscenity and the Origins of Modernity, 1500-1800*. (1996). Coeditora y coautora de *Eroticism and the Body Politic*. Baltimore – London: The Johns Hopkins University Press, 1991 y de *The New Cultural History*. Berkeley: University of California Press, 1990. Presidió la Asociación Americana de Historia en 2002. Margaret Jacob es profesora del Departmento de Historia de la UCLA. Autora de *Glimpses of the Cosmopolitan in Early Modern Europe, de The Cultural Meaning of the Scientific Revolution* y de *The Dutch Republic in the Eighteenth Century: Decline, Enlightenment, and Revolution*, entre otros. Editó el libro *The Politics of Western Science, 1640-1990*. Atlantic Highlands, 1993. UCLA.

La Verdad Sobre la Historia es una ambiciosa investigación y reflexión teórica sobre el desarrollo de los grandes sistemas de pensamiento científico con la particularidad metodológica de ligarlo a las transformaciones socio-económicas, al ciclo de las revoluciones: la francesa, la de independencia norteamericana, la revolución industrial y la expansión del mercado mundial capitalista. Al igual que a los principales capítulos del siglo XX.

Para las autoras existe una relación de interdependencia entre libertad de pensamiento e investigación científica y el desarrollo de las condiciones de producción material del capitalismo. La ciencia está, con su tecnología respectiva aplicada a la producción pero a su vez es el arma más poderosa contra el absolutismo y la censura de la Iglesia y el Estado. El movimiento de la ilustración con su carácter cosmopolita, va a ser no sólo obra de los filósofos y escritores sino tarea colosal de los científicos entre los cuales se destaca Isaac Newton y su *Principia*. *La Enciclopedia* de Diderot y D'alambert viene a ser el emblema de este movimiento. Se crea el individuo autónomo, librepensador como idea jurídico-política, base de la modernidad y la ciudadanía, en un intento de generalización limitado al género masculino y a la «raza» blanca, ocultando e ignorando a las mujeres y a las otras «razas» y culturas.

En esto nace la historia y los otros saberes de las ciencias sociales con independencia conceptual, pero con la finalidad de establecer lo sucedido, especialmente

en la revolución francesa y otros grandes sucesos histórico-políticos (p. 51). La singularidad del caso norteamericano es destacada por las autoras en contraste con lo ocurrido en Francia. La ilustración era atea, anticlerical o masónica en este país, mientras en Inglaterra y Estados Unidos, la ciencia y la religión se complementaban, dado el carácter hereje del protestantismo, de la libertad de creencia e interpretación religiosa. El clérigo podía ser científico.

Desde entonces comienza el debate sobre las relaciones entre ciencia e historia. ¿Autonomía epistemológica? ¿Determinismo social de las causalidades? ¿Equilibrio en las relaciones de internalidades y externalidades? Primó el paradigma de un cuerpo teórico con leyes propias de inducción o deducción, con el sólo motivo de buscar la verdad científica, con énfasis en el altruismo y la heroicidad. Hoy sabemos con las biografías nuevas sobre Newton, el entramado más complejo entre ciencia, creencias personales, ubicación social y realidades materiales. Física y Alquimia, ¡quien lo creyera!

El balance de las dos guerras mundiales, el carácter clasista de la industrialización y las brechas de pobreza, sometieron a dura crítica la idea del progreso ininterrumpido de la ciencia y mostraron sus rostros destructivos. El momento cenital lo constituye *La estructura de las revoluciones científicas* (1962) de Thomas S. Kuhn, en donde se planteó el aislamiento de los científicos de otras teorías y de los intereses sociales y políticos que los rodean, practicando una ciencia rutinaria y normal. Kuhn propone la categoría de *desplazamiento paradigmático*[2] donde considera que la mente está organizada por teorías que a su vez, están reforzadas por las convenciones sociales. Un aporte de profunda y merecida repercusión en el debate sobre las ciencias y el papel de la enseñanza universitaria. Luego vino la aplicación de la nueva historia social a la historia de la ciencia, derrumbó un icono de la cultura occidental y destrozó los absolutismos intelectuales heredados (p. 165). Todo esto en concomitancia con la democratización de la enseñanza superior. Se resiente que en la obra no se haga ninguna referencia explícita al debate político de la época: derechos civiles de los negros, guerra de Vietnam, revolución cubana, etc. Por otra parte, son notables los distintos momentos en que las autoras se refieren al debate sobre el estatuto de las ciencias y de la historia en particular, hasta hacer suyo el aserto: lo social es esencial en la búsqueda científica de la verdad.

Es el horizonte sobre el cual descansa la última parte del libro «Una nueva república del saber», -verdad y objetividad- y -el futuro de la historia- (p. 225-245). En este aparte proponen su teoría del *realismo práctico*, una síntesis y reconstrucción del repaso teórico realizado. Varios puntos teóricos se destacan con gran fuerza: 1) El mundo que describe la ciencia está separado del

[2] Thomas S. Kuhn. *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1992.

lenguaje y sin embargo inextricablemente ligado a él. Un ajuste de cuentas con los posmodernos; 2) una cosa son los registros del pasado y otra su interpretación, los(as) realistas prácticos aceptan la imprecisión e imperfección del conocimiento histórico; 3) el pasado se reconstruye con base en huellas documentales que no se pueden eludir como si fueran meros discursos. El objeto inmediato del pensamiento en un juicio verdadero, es la realidad; 4) el realismo que las autoras suscriben vincula palabras y cosas usando palabras; 5) no se puede ignorar la subjetividad del investigador, pero se deben construir estándares de objetividad, que no es neutral y acepta el cuestionamiento permanente; 6) se admite la existencia de una realidad objetiva, atribuyendo a la memoria la capacidad de verificar la existencia de un pasado y ninguna manipulación puede evitarlo; 7) la narración histórica es necesaria en tanto lo intelectual reclama exactitud y el alma desea significación; 8) el lenguaje se construye de acuerdo a la experiencia la cual genera un lenguaje compartido.

La crisis de las ciencias es la crisis de los absolutismos religiosos y políticos en los discursos científicos y la manipulación ejercida por los poderes militares y económicos. El realismo postula reivindicación de lo deliberativo de la ilustración y la modernidad, en el horizonte democrático para los saberes. Reivindica el pragmatismo de la tradición de Charles Pierce y John Dewey por su compromiso con el mundo exterior conocible y su confianza en las instituciones democráticas, en la verificación, racionalidad y progreso (p. 265-270).

Reconociendo que las relaciones entre democracia e historia han sido tensas, la historia ha sido utilizada para construir sentido de identidad nacional, al ser reconstructora, crítica y veraz del pasado, está colaborando con la formación de la cultura democrática. Esta función pedagógica es inestimable. Es lo que las autoras aplican a todo lo largo de su obra, en especial cuando descifran el mito de la unidad norteamericana proclamado por la Declaración de Independencia y la Constitución (p. 92-155) mostrando la diversidad cultural-racial de negros e indios además de los inmigrantes de todos los continentes y la exclusión de las mujeres. Estados Unidos es pluralista desde abajo y no homogénea y blanca. El análisis de la Guerra Civil de Norte contra Sur, por ejemplo, cumplió, lo sigue haciendo, un papel esclarecedor de lo abominable del racismo blanco. El estudio de la vida cotidiana y el mundo laboral mostró otros protagonismos decisivos en la configuración de la nación norteamericana. Sin embargo, las autoras no refieren en ningún momento el aspecto imperialista de EE-UU.